

CAPÍTULO 2. CONTEXTO HISTÓRICO DE LAS VEGAS DEL ALTO JÚCAR CONQUENSE

Juan Ortiz Gómez y Jorge Hermosilla Pla
ESTEPA (Estudios del Territorio, del Paisaje y del Patrimonio)
Departament de Geografia, Universitat de València

2.1. Contexto Histórico General. Las claves del pasado del regadío tradicional

Los regadíos históricos estudiados se localizan en 37 municipios de la actual provincia de Cuenca. Las poblaciones mencionadas se hallan en líneas generales emplazadas en las regiones naturales de la Mancha y de la Sierra de Cuenca en torno al río Júcar, curso fluvial que sirve de marco al presente estudio. El territorio histórico en el que se centra este trabajo se conformó en época musulmana, con el desarrollo primigenio de la ciudad de Cuenca, y se consolidó con la conquista de la ciudad en 1177 por Alfonso VIII y la consiguiente creación del extenso alfoz perteneciente a ésta. Las únicas noticias que poseemos sobre aprovechamientos de agua para el regadío se sitúan en torno a la propia capital. No contamos con referencias sobre el desarrollo de los sistemas de irrigación en las aldeas de nueva creación durante los primeros tiempos del devenir histórico de la región conquense, ni se conservan reglamentos y ordenanzas de riego que permitan deducir una compleja red de sistemas de regadío en un área geográfica que ha contado con una evolución socioeconómica predominantemente ganadero-forestal, en el caso de la Sierra y con un predominio del secano en el caso de la Mancha. No obstante, el Fuero de Cuenca se muestra taxativo en cuanto a la puesta en regadío de parte de las nuevas tierras a colonizar:

“Háganse acequias en todas las aldeas por donde discurran las aguas y los arroyos que se junten. Quien no lo haga, pierda entonces su quiñón. Y en lo sucesivo, cuando y como sean destruidas las acequias, repárenlas los dueños de aquellas heredades que estén en las vegas de las acequias; los que no quieran repararlas y rehacerlas, pierdan sus heredades que posean allí, y los Concejos de las aldeas dénselas para siempre a otros pobladores que hagan las acequias, las reparen y las rehagan cuando quiera que sean destruidas.” De este modo, como sucede en toda la España reconquistada a los musulmanes, los nuevos colonos cristianos heredan las infraestructuras hidráulicas puestas en marcha por los musulmanes, además de los usos y costumbres en el arte de la irrigación propias del mundo islámico. A la par, al compás de la creación de nuevas aldeas, los pobladores de éstas consolidan, desarrollan y ponen en funcionamiento nuevos sistemas de regadío a partir de presas en arroyos y ríos o los propiciados por manantiales y pozos.

Las referencias históricas más antiguas sobre regadíos en la región de estudio se deben al geógrafo musulmán Al-Idrisi al describir la plaza fuerte conquense: “Cuenca es

una villa pequeña, pero antigua. Está situada cerca de un estanque artificial y rodeada de murallas...”. El estanque artificial referido es la Albuera, laguna artificial situada en la intersección de los ríos Júcar y Huécar a los pies de la muralla de Cuenca. Este reservorio fue utilizado por los habitantes de la ciudad de Cuenca durante siglos para la doble función de abastecimiento y de regadío de las numerosas huertas que se disponían en su entorno. El erudito Al-Sala vuelve a referirse a la importante laguna conquense:

“Ambos ríos vierten sus aguas en una gran buhayra o lago que provee de agua a sus habitantes, y que está contigua a la muralla...” “...no hay sitio por donde se pueda atacar a la ciudad más que por dicho foso y por la albuhyra, que está bajo la defensa de la ciudad, así como lo están las viñas, nogales y otras plantas y además los sembrados y la tierra que se extienden por los valles y las llanuras...”

Desde 1177, fecha de la conquista de Cuenca, las referencias a elementos históricos de la cultura del agua se multiplican. Presas, norias, aceñas y molinos se convierten en objeto de donación o compra entre diferentes señores y habitantes que moran en el entorno urbano de Cuenca. La ciudad, dotada de un amplísimo alfoz, se convertirá en un gran concejo rector de la repoblación del territorio otorgado. El alfoz conquense se divide en 6 sexmos, situados en las regiones naturales de: la Mancha, la Sierra y la Alcarria. Cada sexmo agrupa un número variado de aldeas de nueva creación. Los sexmos en que queda dividido el territorio conquense son los siguientes: Altarejos, con 18 aldeas; Sierra, con 16; Arcas, con 18 aldeas; Chillarón, con 25; Campo, con 12; y Torralba, con 7 poblaciones. A lo largo del siglo XIII, las aldeas se consolidan y acceden a una mínima autonomía en el seno de la colectividad conquense. Pese a la parquedad de datos históricos sobre el proceso de puesta en marcha de las explotaciones agrícolas, será durante este siglo XIII cuando se realicen en las pueblas de reciente fundación las primeras obras hidráulicas destinadas al aprovechamiento de los cursos de agua superficiales, así como a la extracción de aguas subterráneas por medio de norias y a la construcción de molinos harineros locales. La herencia musulmana resulta más palpable en el entorno de la ciudad de Cuenca y es en este marco donde abundan las referencias históricas, casi todas relacionadas con transacciones de molinos y aceñas. Si bien, apenas existen referencias a la ordenación de los regadíos en tiempos medievales, resulta especialmente importante prestar atención al desarrollo de la molinería,

pues en la región conquense a consecuencia de la escasez de recursos hídricos y a la existencia de pocos lugares favorables para la práctica del regadío, el Fuero se preocupa de regular ambas actividades, que en la región de Cuenca, van estrechamente ligadas, en mayor medida que en otras zonas de la Península, donde regadío y molinería conforman realidades muchas veces contrapuestas. De este modo, el Fuero consagra que:

“Si el agua con la que muelen los molinos es necesaria para regar los huertos, utilícenla éstos dos días a la semana; a saber, el martes y el viernes, ya sea agua del caz, ya sea del río; tómesese el agua en aquel punto y llévese por aquel sitio, donde los alcaldes vean que ocasiona menos daño a unos y otros”.

Los ejemplos más notables sobre donaciones, compras, permutas y ventas de elementos hidráulicos durante los primeros siglos medievales en el área de Cuenca son los siguientes:

- La Orden de Santiago recibe en 1177 del rey la azuda de la Albófera hasta el puente sobre el Júcar, un molino en el río Moscas y un huerto con su albófera.
- 1185, Rodrigo Gutiérrez, mayordomo del rey, dio a Pedro Sánchez una presa por debajo de la del conde Pedro, para que hiciese aceña y la explotase a medias.
- 1185, La catedral manda construir dos aceñas en el Júcar para hacer harina.
- Cedió a 4 vecinos de la ciudad una presa en Fresneda, llamada Ruidera, en el mismo Júcar para que hiciesen molinos.
- El obispo, días antes, cedió a varios la cuarta parte de 4 molinos en el Júcar situados entre los baños y los molinos del rey, para que hiciesen 4 aceñas, dos para moler y dos traperas.
- Enrique I dio a la Iglesia unas aceñas situadas en el Júcar entre las del rey y los baños de Pedro de Jaca.
- Donación en 1206 del obispo de Sigüenza al Hospital de Santiago de Cuenca de un molino debajo del puente del Júcar.
- El obispo San Martín dio al hospital de cautivos medio molino en la primera aceña que había *“sub ponte”*.

Se pueden establecer una serie de características propias del regadío conquense, a lo largo de la historia y del mismo modo cabe identificar determinados marcos geográficos diferenciados dentro del ámbito territorial del presente estudio donde se dan algunas características heterogéneas. Así, las huertas de la Sierra han contado con una evolución histórica diferente a la de la ciudad de Cuenca y su entorno, y del mismo modo, los regadíos de la región manchega admiten matizaciones. Las características generales las agrupamos en cuatro rasgos:

Primero, el regadío conquense presenta pocos lugares favorables, y las escasas vegas existentes son estrechas y reducidas. El paisaje de huertas limita casi inmediatamente con las tierras de pan, que son las que han señoreado el territorio desde tiempos medievales.

Segundo, las infraestructuras específicamente de regadío se sitúan en los afluentes que desembocan en el Júcar. El gran río, excepto en su cabecera, ha carecido históricamente de azudes sobre su lecho dedicados a derivar acequias exclusivamente de regadío. Las referencias históricas mencionan siempre presas y caces de molinos situados sobre el Júcar, cuyas aguas son aprovechadas además para beneficiar huertas en las riberas. La dificultad de mantener las presas, siempre a merced de la fuerza de las aguas del río y, por lo tanto necesitadas de importantes dispendios, unido al exigente clima castellano, que apenas permite una o dos cosechas al año, favoreció un uso compartido entre molinería y agricultura. Las presas y los caces de los molinos situados sobre el Júcar, en manos de señores nobiliarios y eclesiásticos, sí que pudieron ser costeados y mantenidos con los recursos de éstos y, como se ha indicado, y como el Fuero se encarga de reglamentar, los caces de los molinos permitían mover la maquinaria molinar y abastecer de agua a las huertas anexas. Únicamente en Tragacete y Huélamo existen azudes que toman aguas del Júcar para el regadío. A partir de los pueblos citados, situados en la cabecera, no vuelven a aparecer presas de regadío sobre el Júcar hasta la zona hoy anegada por el pantano de Alarcón, donde se disponían las mejores huertas de la región conquense además de las que circundan la capital provincial.



Hoz del Huécar y Casco Histórico de Cuenca

Tercero, los sistemas de regadío de la región son aparentemente sencillos y poco complejos. La falta de ordenanzas históricas, tan comunes en otras regiones y la ausencia de infraestructuras como acueductos y partidores revelan una escasa complejidad en las arterias de regadío que llevan agua desde las presas hasta los campos. El proceso de repoblación de las aldeas fue lento y la bondad de los pastos existentes, unido al hecho de que la ganadería no necesitaba de excesivos recursos humanos para su crianza, consagraron desde el principio en el territorio del alfoz de Cuenca una masiva dedicación ganadera. Las actividades de arrastre de maderas utilizando el río como vía de transporte desde la sierra hasta el mar Mediterráneo también obstaculizaron las actividades agrarias permanentes en la ribera del Júcar.

Cuarto, según el marco geográfico abordado, la historia del regadío conquense ha presentado diferentes características históricas. Según se trate de la Sierra, la capital conquense y su entorno y, finalmente, la región manchega, nos encontramos con notables diferencias morfológicas y de uso en los sistemas de regadío.

2.1.1. La Sierra

La existencia de tierras frías y suelos húmedos, junto a la mayoritaria dedicación ganadera son las características predominantes en este ámbito comarcal. Si bien los pobladores de los pueblos serranos han utilizado desde el medievo las aguas de las fuentes, arroyos y ríos para la irrigación, no parecen haber existido infraestructuras permanentes de riego al menos hasta el siglo XVIII. La descripción de la villa de Huélamo realizada en el siglo XVI en las *“Relaciones de Pueblos”* hechas por orden de Felipe II es reveladora:

“En las riberas de los ríos de esta villa y lugares de la comarca y cercanos de ella no hay árboles, ni frutas por ser la tierra tan fría, ni se crían viñas, ni árboles que con las heladas se consumen la flor y frutas, sino son aquellas silvestres que la tierra misma los cría y produce; y regadíos no los hay porque la tierra es alta y pocas veces falta el agua para lo poco que en ella se siembra...”.

Se mencionan las dos características fundamentales de estas tierras: terreno frío y consiguientes heladas, y productos hortícolas producidos sin ningún tipo de riego, merced a la humedad de la tierra. Las huertas tradicionales de poblaciones como Uña, situadas en el extremo oriental de la laguna, no han tenido necesidad histórica de regadíos, a causa de la bondad de los suelos, donde crecían exclusivamente gracias a la humedad todo tipo de productos hortícolas. En otras poblaciones serranas como Tragacete y Villalba de la Sierra, sus regadíos históricos han aprovechado, como es común en la región, los caces de los molinos harineros para proporcionar agua a sus campos.



Segundo Acueducto de la Conducción de la Cueva del Fraile (Cuenca)

2.1.2. Cuenca y su entorno

Es en la capital provincial y en sus proximidades donde las fuentes históricas ofrecen un mayor acopio de datos sobre las infraestructuras de riego, además de sobre las industrias que utilizan la fuerza de las aguas como son los molinos harineros y los batanes. La fuerte demanda que genera la población urbana produjo un alto grado de intensificación del trabajo agrícola en torno a la ciudad a lo largo de la historia. En torno a la ciudad de Cuenca se han desarrollado desde época musulmana las principales huertas de la región. Las fuentes, que mencionaban desde tiempos musulmanes la existencia de la albuera, donde los conquenses se proveían de agua, se van a centrar a partir de la conquista cristiana en describir las vegas en torno a los ríos que recorren Cuenca, y en especial, a la vega del Huécar, el vergel hortícola por antonomasia de la ciudad. Efectivamente, las huertas predominarán desde muy pronto junto a las riberas del Huécar, mientras que las aguas del Júcar eran empleadas mayoritariamente para mover las instalaciones industriales molineras y bataneras. En la descripción que hace Mateo López de ambos ríos durante el siglo XVIII en las *“Memorias Históricas de Cuenca y su Obispado”* se destaca la especialidad hortícola de la vega del Huécar:

“La estrecha Hoz por donde corre el río Huécar, desde el lugar de Palomera, una legua distante de esta ciudad, está poblada de árboles con mucha frondosidad y toda de huertas que producen mucha utilidad a Cuenca con su abundancia de sabrosa hortaliza y alguna fruta. En las vertientes o cuestas de sus lados, sólo una corta parte que logra el beneficio del riego con las aguas sobrantes de la conducción para las fuentes de la ciudad, en el paraje nombrado los Hocinos...”. El mismo autor describe así al Júcar: *“Lo mismo sucede con la otra hoz por donde baxa el río Júcar, a excepción de no haber quedado en ella puentes, molinos y huertas, de que se ven muchos vestigios, y sólo subsiste una corta parte con algunos árboles”*.

Esta imagen coincide con la que había dejado dibujada el flamenco Van den Wyngaerde en el siglo XVI en sus “Vistas de la ciudad de Cuenca”, que consagraban a la hoz del Huécar como el paraje donde se cultivaban mayoritariamente las frutas y hortalizas demandadas por la ciudad.

Es en la hoz del Huécar donde se desarrollarán los dos tipos de propiedades agrícolas características de la vega de Cuenca: las huertas y los hocinos. El libro de censos del Cabildo de la Catedral dedica ya en 1553 un apartado específico a las huertas de la Hoz del Huécar, y otro, a los Hocinos de la Hoz del Huécar. Estos dos espacios concretos se diferencian en que las huertas se sitúan en el fondo del valle, recibiendo agua de pie por medio de las acequias derivadas de las presas ubicadas en el cauce del río; los hocinos son pequeñas explotaciones hortícolas situadas en la falda de la hoz, en posiciones elevadas, irrigadas por medio de fuentecillas y, a partir de la construcción de la traída de agua potable a Cuenca desde la Cueva del Fraile, en 1533, también gracias a los aportes de la monumental conducción hídrica. Este es el motivo por el cual, los hocinos ubicados en la margen derecha del Huécar han tenido una mayor importancia económica que los situados en la margen opuesta. Las aguas aportadas por la conducción de aguas revalorizaron sin duda esos terrenos en detrimento de los de la orilla izquierda. El ilustrado Antonio Ponz, en su viaje por España da cuenta de esta circunstancia al advertir que las aguas de la Cueva del Fraile sirven “para regar las huertas que hay en aquellos derrumbaderos, que llaman, los Hocinos”.

Las huertas de la Hoz del Huécar permiten también constatar someramente la existencia de oficios y pleitos relacionados con el uso del agua, tan comunes en otras latitudes y tan escasos en las fuentes históricas sobre regadíos en el resto de la provincia. Así, Pedro Miguel Ibáñez Martínez, en su libro sobre la vista de Cuenca de Van Den Wyngaerde, extrae de las fuentes documentales del siglo XVI la existencia del oficio del aguador, cuya misión servía “para guiar y repartir el agua a las huertas de toda la hoz de Huécar como es uso y costumbre antiguo”. Son también destacables los numerosos conflictos por el uso del agua, que concluían incluso en la Chancillería de Granada, como el conjunto de sentencias ganadas por el maestro de cantería Arnani entre 1552 y 1561 por diferentes querellas presentadas contra diversos huertanos.

La ciudad de Cuenca se sirvió también de los productos cultivados junto a las riberas de los ríos Júcar y Moscas. En el primero de los ríos, existían huertas y hocinos, pero su superficie regable era menor que en la hoz del Huécar. El río Moscas cuenta en la actualidad con sistemas de regadío en torno a la capital conquense y conformó desde tiempos musulmanes una vega de cierta importancia en el tramo de su desembocadura en el Júcar. Cuando Tomás López

visitó Cuenca a finales del siglo XVIII parece que había perdido parte de su importancia como suministrador de agua para el riego a tenor de la descripción mostrada:

“El río Moscas corre por una vega inmediata a Cuenca...Sus aguas son salobres y es más caudaloso que el Huécar. En otro tiempo se utilizó mucho en el riego de las tierras; entre los papeles de la Memoria del Arca de la Limosna se halla la prueba de un pleito seguido en el año de 1512 sobre las aguas de un caz, donde consta que la vega era huertas y que en ellas se sembraba pastel, arroz, cáñamo y otras hortalizas...”.



Nacimiento del Moscas (Fuentes)

Los pueblos cercanos a la capital cuentan con sistemas de regadío a partir de regueras derivadas de los múltiples ríos, arroyos y fuentes que los bañan. Estas acequias tienen su origen en la colonización de las aldeas tras la conquista de Cuenca, pero los sistemas regados que han llegado hasta nosotros se consolidaron tras la crisis del siglo XVII y la posterior recuperación demográfica del XVIII. Mateo López nos deja nuevamente un indicio de la poca estabilidad temporal de las infraestructuras de riego en su descripción de la villa de Chillarón: “y de poco tiempo a esta parte habiéndose logrado el sacar el agua de dicho río, con ella se riega una gran parte de la vega en que está situado, y se cogen anualmente... arrobas de judías y algunas pocas patatas”. La descripción aportada de Jábaga por el mismo autor, a finales del siglo XVIII, permite deducir un conjunto generalizado de vegas por toda la comarca aprovechadas muy intensamente por los pobladores allí donde era posible contar con ríos y arroyos con un caudal regular: “El lugar... es el mas ameno y agradable de la comarca, por las huertas, arboles frutales y viñas que le circuyen y tienen plantados por el contorno; como son nogales, cerezos, guindos, perales, ciruelos,... hortalizas que se benefician con las aguas del arroyo y manantiales”.

Las concentraciones parcelarias llevadas a cabo desde la década de 1960 van a incidir muy negativamente en la conservación de las infraestructuras hidráulicas en muchos puntos del territorio de estudio. Las antiguas

infraestructuras deterioradas o muy determinadas encuentran especial incidencia en Valdetórtola, con 16 sistemas desaparecidos y Mariana con otros 22 sistemas. Otras poblaciones que han perdido parte de sus sistemas históricos son Sotorribas, Zarzuela y Arcas del Villar.

2.1.3. La Región Manchega

La más seca de las comarcas del ámbito estudiado es también donde el río Júcar vuelve a ser utilizado profusamente para la irrigación de los pueblos situados cerca de sus riberas. A partir del pueblo serrano de Huélamo desaparecen las presas sobre el Júcar dedicadas exclusivamente a derivar acequias para el regadío y son los caces de los molinos los que conducen el agua del Júcar para sus máquinas y para el riego de los campos anexos. Cuando el Júcar se interna en la Mancha, los términos municipales de Valverde de Júcar, Olivares de Júcar, Villaverde y Pasaconsol, Buenache de Alarcón y el desaparecido Gascas de Alarcón formaban una de las vegas regadas más importantes de la provincia de Cuenca. El río Júcar forma en este tramo un valle natural que era beneficiado por las acequias y las norias que volvían profusamente a derivar aguas del gran río. La construcción del Pantano de Alarcón durante las décadas de 1950 y 1960 anegó completamente este fértil valle, sumergiendo las múltiples infraestructuras molineras y de riego existentes y dejando para la historia el recuerdo de la vega más productiva de Cuenca, junto a la de la capital. La población de Gascas, desaparecida tras quedar anegada, ejemplifica el pasado de estas tierras. La villa poseía una de las más fértiles y organizadas huertas, una vocación de exportación de los productos hortícolas cosechados y un ciclo festivo relacionado con la recolección de los productos de la huerta. La totalidad de este sistema socioeconómico desapareció con la construcción del embalse.



Fuente del Endrino (Valverde de Júcar)

Además de las huertas en torno al gran río, la región manchega se halla salpicada de centenares de pozos con noria, elemento hidráulico característico de las regiones áridas sin cursos de agua superficiales. Estas norias se hallan abandonadas y en la actualidad se mantienen activas pequeñas vegas en torno a manantiales y pequeños arroyos que surcan las inmediaciones de los pueblos manchegos a escasos kilómetros de la desembocadura en el Júcar.

2.2. Elementos de la cultura del agua

La Aceña. Uno de los ingenios hidráulicos que la documentación muestra con profusión desde el siglo XII en el entorno del río Júcar conquense es la rueda dispuesta verticalmente sobre un río o sobre un caz. Existe controversia sobre esta terminología entre diversos autores. Sabemos que en el Fuero de Cuenca, los términos aceña y molino representan realidades diferenciadas, al disponer diferente pena para quien rompiera una rueda de molino y para quien dañase una rueda de aceña. Para Santiago Aguadé, el concepto aceña equivale a una noria de extracción de agua para riego, mientras que la acepción "*molendinus*" especifica una instalación molinera, bien sea este harinero o bien se utilice como batán. Paulino Iradiel, por el contrario, propone que el concepto "*aceña*" refiere exclusivamente un molino batanero. En las Relaciones de Pueblos, escritas entre 1575 y 1578 por orden de Felipe II aparece la terminología aceña como molino movido por la fuerza del agua, reservando el concepto "*azuda*" para describir a las ruedas movidas por los ríos para regar terrenos más altos. José Luis García Grinda, abonando esta tesis y remitiéndose al Fuero, habla de aceña, como molino sin presa, situados directamente sobre el cauce del río, es decir, un molino de eje horizontal unido a la rueda emplazada directamente sobre las aguas del cauce. Esta última acepción reservaría el término "*aceña*" para los molinos de eje horizontal y el término "*molino*" para industrias harineras de eje vertical, las más numerosas y repartidas por el territorio.

Más allá de las diferentes hipótesis, resulta claro que una aceña siempre se refería a una rueda o noria que se situaba verticalmente al paso de las aguas de un río para extraer caudales para regar a un nivel superior o para mover una industria hidráulica. De los incontables ejemplos que la documentación ha dejado en torno a las ruedas hidráulicas situadas sobre el Júcar en torno a Cuenca, no ha llegado hasta la actualidad ninguno de estos ingenios. Únicamente, como único ejemplo histórico en toda la provincia de noria vertical contamos con la Noria de Villalba de la Sierra, aún en funcionamiento. Situada sobre el caz del Molino, fue emplazada en ese lugar en la década de 1940 a instancias del párroco Emilio Hortelano. En la actualidad, la Noria origina el principal sistema de regadío tradicional de Villalba de la Sierra.

La Anoria o Noria de Sangre. Este ingenio hidráulico, de probado origen árabe, se encuentra distribuido en la región manchega de la provincia de Cuenca, allá donde los recursos hídricos superficiales escasean. En las Relaciones de Pueblos, el concepto “*anoria*” se relaciona con máquinas que sirven para elevar agua de los pozos. Se trata de uno de los elementos hidráulicos más numerosos de la zona de estudio, con una densidad hegemónica en la Mancha conquense. Según la clasificación de artilugios que realizó Caro Baroja, el tipo de noria de sangre existente en la región es una noria por lo bajo, de engranaje de linterna dentada, cuya unión entre las ruedas horizontal y vertical se verifica directamente. Los engranajes se encuentran a la misma altura o más bajos que la bestia que los acciona. El ingenio de hierro queda instalado sobre un pozo de morfología oval y un rosario de cangilones se introduce en el interior del pozo para extraer los recursos hídricos. En la actualidad, no se halla ninguna de estas norias en activo. Se ha constatado que en ocasiones se instalaba sobre el pozo un motor eléctrico o de combustible que suplía, y hoy aún suple, las funciones que realizaba la caballería. Sin embargo, la despoblación y el abandono de las actividades agrícolas mantienen decenas de pozos inutilizados desde hace varias décadas. El campo manchego custodia múltiples de estas “*anorias*”, inservibles al uso, pero enormemente simbólicas desde un punto de vista patrimonial, fiel reflejo de la cultura del agua característica de esta región conquense.

Los azudes. Las presas o azudes constituyen el elemento de derivación hidráulica clásico para llevar el agua de los arroyos y ríos hacia los campos de cultivo. Las presas situadas en el marco de estudio se caracterizan por su simplicidad. La mayor parte se encuentran fabricados de elementos naturales. Sólo las presas destinadas a los molinos han contado con materiales más sólidos como la mampostería y el sillarejo. Destacan las presas destinadas a instalaciones industriales tradicionales en el Júcar o la presa del Molino de Fresneda de Altarejos. En las últimas décadas, algunos azudes de riego se han reforzado con piedra y cemento, como el conjunto de presas de Portilla o la Presa de Garro en Palomera. Otra modalidad de presa muy extendida en los cauces de los arroyos es el denominado balsón. Son pequeñas paradas de agua de uso individual que no derivan acequia, sino que directamente permite la irrigación del campo contiguo. Las concentraciones parcelarias llevadas a cabo desde la década de los años 60 han llevado a la desaparición de centenares de estas pequeñas infraestructuras, convirtiendo seculares tierras de regadío en explotaciones de secano.

Los Molinos. La vocación cerealícola de la región, así como el desarrollo de la industria textil propiciará desde muy pronto la construcción de estas edificaciones en las riberas de los ríos y arroyos de la región. El gran número de donaciones efectuadas por el rey Alfonso VIII en el momento de la conquista, no menos de 10 donaciones de molinos realizadas entre 1167 y 1185, prueba el origen musulmán de estas construcciones. El Fuero de Cuenca dedica un capítulo entero destinado a la regulación de la actividad molinera, reconociendo a sus vecinos plena libertad para hacerlos y otorgando preeminencia a los más antiguos sobre los de nueva construcción. La revolución agrícola de la Plena Edad Media incidirá en un notable aumento de construcciones en el seno de los ríos de la región, que se unen a las instalaciones heredadas de los musulmanes. Los molinos, a consecuencia de las numerosas rentas que produce su actividad va a conocer un intenso proceso de señorialización, con una progresiva concentración en manos eclesiásticas gracias a las donaciones efectuadas por el rey y otros señores a la sede episcopal y al Cabildo de la Catedral. Esta institución realizará además un intenso esfuerzo constructivo, como por ejemplo los molinos de Valdeganga y de Olivares, construidos en 1290.

Durante el siglo XIII, además del auge del molino harinero provocado por la revolución agrícola y la mayoritaria presencia de cereales en la región, se producirá una rápida expansión de la pañería conquense, que producirá un proceso de conversión de antiguos molinos harineros en batanes. Como en el caso del molino harinero vemos al Cabildo de la Catedral introducido en el negocio de la batanería y en 1275 se constata un acuerdo entre el arcediano de Cuenca y el Cabildo para la transformación de los molinos harineros de Villalba en molinos traperos.

El Fuero de Cuenca establece diferentes disposiciones para la regulación de los bataneros y los molineros, lo que demuestra desde muy temprano la importancia otorgada a ambas actividades, heredadas de los musulmanes.

La mayor parte de los molinos existentes junto a los cursos fluviales de la zona de estudio son molinos de eje vertical. A diferencia de las aceñas, ya tratadas con anterioridad, la mayor parte de las instalaciones molineras de la región disponen de presa para derivar el agua hacia un caz que conduce las aguas hasta el rodezno horizontal que permite el movimiento de las muelas gracias al eje vertical. Esta es la diferencia fundamental con las aceñas, situadas directamente sobre el río y de rueda de eje horizontal.